

LA RIGUROSIDAD METODOLÓGICA Y LA PRECARIEDAD TEÓRICA EN PSICOLOGÍA SOCIAL

Francisco J. ELEJABARRIETA*

RESUMEN

Se analiza la epistemología básica de producción de conocimiento en psicología social mediante el estudio del papel que los psicólogos sociales otorgan a la metodología. Se postula que esa epistemología básica descansa más bien sobre un interés por la sofisticación metodológica —sea en la búsqueda de rigurosidad de técnicas de obtención de información, sea en la complejificación de las técnicas de análisis de datos— que en una preocupación por el incremento y la integración teórica de los modelos de la disciplina. Se discuten las consecuencias de este fenómeno a la luz del debate sobre la «crisis», afirmando la generación teórica como única posibilidad de lograr una transformación de las carencias de la epistemología básica de la psicología social.

ABSTRACT

The epistemological basis of social psychological knowledge is analysed through the study of the role given to methodology by social psychologists. A central question is whether epistemological basis would be better based on a concern for methodological sophistication —be it in search of technical rigour in information seeking, or be it in the increasing complexity of data analysis— or on a concern for the theoretical advance and integration of the discipline. The consequences of this phenomenon are discussed in the light of the alternative procedures in social

* Departament de Psicologia de la Salut, Universitat Autònoma de Barcelona.

psychology and in the light of the historical development of the debate over the «crisis» in the discipline. It is postulated that theory generation is the sole manner of improving shortcomings in the epistemological basis of social psychology.

ACERCA DE LA TEORÍA EN PSICOLOGÍA SOCIAL

Imaginemos por un momento que un psicólogo social desconocido, en una noche de lucidez sin precedentes en el terreno de las ciencias sociales, descubre cómo funciona el comportamiento social, consigue sistematizar su explicación y lo expresa en una teoría. Sigamos imaginando aún esta situación, similar a la que vivió Evariste Galois en la noche anterior al duelo que le conduciría a su muerte, al proponer la teoría de grupos en física. Este psicólogo social, Galileo y Newton del comportamiento, desaparece al día siguiente dejándonos un legado que contiene la clave para seguir desarrollando la(s) teoría(s), suponiendo que esto sea posible incluso en el mundo de la imaginación, capaz de explicar cómo la gente hace lo que hace, cómo la gente piensa lo que piensa, cómo la gente siente lo que siente.

Si volvemos parcialmente a la realidad, no sería difícil «ver» el uso que harían los psicólogos sociales de este precioso regalo. La comunidad científica psicosocial se dedicaría, en primer lugar, a divulgar por todo el planeta el nuevo descubrimiento. Durante algún tiempo, en el mejor de los casos, esta teoría podría estar de moda en el ámbito académico-científico. Pero su posibilidad de supervivencia más allá de diez años de su aparición, quedaría relegada a los tratados de historia de la disciplina, a manuales «desfasados» y a algunos defensores anclados en el pasado, a los que la falta de evolución impide observar el lógico progreso de la ciencia. Como mucho, algún investigador reminiscente podría retomar esta teoría 30 o 40 años después, en un alarde de reinterpretación.

Ahora bien, ¿cuál es la probabilidad de que los psicólogos sociales se dieran cuenta del valor de esa(s) teoría(s), suponiendo siempre su posibilidad de existencia? Dicho de otra manera, ¿cómo sabemos que una teoría es mejor, más válida o más apta que otra?; ¿cuál es la epistemología de la que se hacen eco los psicólogos sociales para estimar o desestimar un modelo o unos postulados?

Es de temer que esta epistemología que utilizan los psicólogos sociales no tenga nada que ver con una posible epistemología social. El proceso de nacimiento, vida y muerte de las teorías en psicología social (IBÁÑEZ, 1983b) es una especie de cultivo de rozas científico en el que lo que menos cuenta es el valor de la tierra, y lo que mantiene las teorías en el *hit parade* de las publicaciones resulta la tala y la quema de sus creadores.

Disponemos de innumerables ilustraciones de este proceso. ¿Quién no ya trabaja, sino recuerda más allá de la anécdota histórica el «efecto Zeigarnik», por ejemplo, que sirvió de base para que el mismísimo K. Lewin se inspirara en su concepción de la teoría del campo?; ¿cuál es el estatus psicosocial que se concede a esta misma teoría del campo, aparte del tópico recordatorio de «la conducta es función de la interacción entre persona y ambiente»?; ¿dónde queda la teoría de la disonancia con todas sus revisiones, reformulaciones, reinterpretaciones y críticas si después de treinta años aún no ha podido demostrarse ni uno tan sólo de sus presupuestos fundamentales (MARKUS y ZAJONC, 1985), pero tampoco se ha demostrado lo contrario?

Estos tres ejemplos, un efecto, una gran orientación teórica y una microteoría, entre otros muchos, describen una historia y presentan un panorama que no resulta muy halagüeño para el porvenir de la disciplina. Un porvenir en el que cualquier teoría, independientemente de su validez, corre el peligro de sufrir un proceso de defertilización irreversible. Un porvenir en el que las teorías continúen eternamente desterradas de sí mismas.

Visiones más optimistas del estado de teorización de la psicología social actual presentarían, no cabe duda, múltiples contraargumentos a esta idea. El primero de ellos podría ser que el estadio de la psicología social es protocientífico más que científico, esto es, que se encuentra en situación de gestación más que de desarrollo y progreso. Suele decirse que la física ha necesitado casi cinco siglos para llegar a un grado de sofisticación tan elevado como el de hoy, y que la «psicología científica» apenas ha nacido en nuestro siglo. Sin poner en tela de juicio el progreso de la ciencia en general, no cabe duda de que no es éste el caso de la psicología social. Nada nos permite en estos momentos suponer que conocemos mejor la conducta social de lo que pudieron conocerla W. James, McDougall o Ross, gestadores de la disciplina. Es cierto que contamos con algunos datos; pero, haciendo balance global, debemos reconocer que lo poco que hemos aprendido sobre nuestro objeto se

refiere al conocimiento de algunos errores cometidos en su estudio. El ocaso del conductismo o el auge o declive actual, según se mire, del cognitivismo nos muestran que nuestro conocimiento guarda relación más bien con el aprendizaje por ensayo y error que con un posible desarrollo científico de la disciplina.

Si retomamos los ejemplos antes citados, no es que el efecto Zeigarnik haya sido sustituido por otro que dé cuenta de mayor cantidad de fenómenos, es simplemente que no se trabaja con él e, independientemente de su significación ante la sistematización teórica, ningún psicólogo social lo considera significativo dentro de la temática actualmente interesante. Por contra, una teoría contemporánea suya, la teoría del nivel de aspiración (RIJSMAN, 1983), resurge desempolvada con aureola capaz de dar cuenta de múltiples fenómenos en los próximos cinco años. Lo mismo podría decirse de la psicofísica con la detección de señales tan en boga, de las escalas de actitudes más clásicas ahora tratadas como modelos causales y de tantas otras cuestiones.

El argumento de inmadurez científica no aporta luz alguna sobre posibilidades de progreso. Todo sucede, al contrario, como si el desarrollo de la psicología social fuera un dar palos de ciego hasta que alguien, por azar más que por necesidad, haga caer la manzana newtoniana. Pero, en ese caso, ¿cuál es la posibilidad de que los psicólogos sociales se dieran cuenta de su valor?

LA SOFISTICACIÓN METODOLÓGICA SUPLE LA PRECARIEDAD TEÓRICA

La hipótesis de progreso o desarrollo de la teorización en psicología social es difícilmente sostenible. Evidentemente no son los ejemplos antes citados, u otros similares, por sí solos, los que pueden invalidar esa hipótesis. De hecho, una hipótesis de esta naturaleza no puede invalidarse con una historiografía descriptiva tan simple, aunque por otra parte sea tan elocuente.

En efecto, la debilidad de esa construcción teórica, la fragilidad en la cimentación de cualquier constructo teórico de la disciplina, es debido a que los psicólogos sociales hacen oídos sordos a una posible epistemología básica y fundamental para suplirla con «su propia epistemología» y su propio saber hacer psicología social. Esta epistemología implícita del psicólogo social consiste, fundamentalmente, en sustituir la precariedad

teórica por la sofisticación metodológica; estriba básicamente en anteponer la validez del artefacto de producción empírico a la sistematización teórica. Que los orígenes de esta epistemología implícita, perfectamente consensuada por la comunidad de psicólogos sociales, se encuentren en la consciente conservación de un inductivismo ingenuo como forma de producción de conocimiento resulta difícil de imaginar. Por contra, si este inductivismo, desfasado e inoperante en cualquier otra área de la ciencia, se mantiene como un implícito paradigma (MCKENZIE, 1982) entre los psicólogos sociales por simple herencia del conductismo, es obvio que está resultando una de las herencias más obstrusivas y limitadoras que se puedan imaginar.

No son necesarias extensas ilustraciones para mostrar que la importancia concedida a los aspectos metodológicos inclina desafortunadamente la balanza en detrimento del peso que se concede a la teorización, a la generación de hipótesis, a la integración y a la sistematización teórica. Es cierto que la «obsesión dataísta» no es patente de la psicología social, que no hace sino dejarse llevar por los tiempos que vivimos. Sin embargo, el valor concedido a los aspectos metodológicos, desde la fabricación de instrumentos de prueba hasta el análisis estadístico, sobrepasa, antecede y casi elimina el valor de los aspectos teóricos.

Si supuestamente se piensa que son las teorías y las hipótesis las que han de pasar el tamiz impuesto para su contrastación, en la práctica, la consensuada epistemología implícita hace que las herramientas metodológicas se conviertan en una apisonadora de cualquier brote teórico. En lugar de constituirse en garantía de prueba de la teoría, los aspectos metodológicos se autojustifican y engullen el aparato conceptual de la disciplina.

Es suficiente repasar las cinco revistas más prestigiosas y difundidas de la psicología social para observar que más del 95% de los artículos dedican 4/5 partes a los apartados «método» y «resultados». Del mismo modo, la reciente aparición en 1985 de una nueva edición del *Handbook of Social Psychology* nos ofrece un panorama semejante. El primero de sus dos volúmenes, que tiene más de 700 páginas, dedica la mitad del espacio a presentar en diversos capítulos el estado y las perspectivas metodológicas en psicología social. Es bastante difícil imaginar que el *Handbook of Physics*, por ejemplo, y sin ánimo de hacer de la física la ciencia modelo de ciencias, dedique una cuarta parte de su espacio a presentar «el método de la física». Si esto es así en psicología social, la razón no es otra que la imperiosa necesidad de nuestra disciplina de una

referencia continua a la metodología utilizada, para asegurarse una garantía de cientificidad y salvaguardar el propio trabajo de los psicólogos sociales.

Quizás esto fuera deseable en una disciplina con sólidos constructos teóricos y un utillaje conceptual fuertemente arraigado, pero bien sabemos que no es este el caso de la psicología social. Al contrario, estamos engañándonos si creemos que con ello creamos y construimos una ciencia empírica en tanto que sistema de teorías a modo y semejanza de ciencias como la física. Lo único que se construye con esta forma de producción de conocimiento es la irrealidad de una disciplina (IBÁÑEZ, 1983b), la falsa sospecha de que se cuenta con lo que en realidad no existe: las bases de la explicación de la acción social.

POPPER (1980) denominaba teorías a las «redes que lanzamos para apresar aquello que llamamos mundo». Para los psicólogos sociales esas redes son los experimentos, los cuestionarios o los procedimientos estadísticos. Algunos de ellos ni siquiera los utilizan directamente, pues como el antropólogo Frazer, «Dios les libre de convivir con los salvajes» que tienen por objeto de conocimiento. Lo importante es que el sistema de explicación institucionalmente reconocido por la comunidad no depende de la metodología como herramienta, sino que es en sí mismo el proceso metodológico el fin de la explicación.

Ahora bien, ¿cómo se ha llegado a esta situación en la que el florecimiento y desarrollo de la disciplina se hace depender del fortalecimiento metodológico?; ¿de dónde proviene la generalizada idea de que el perfeccionamiento de los instrumentos de recogida y tratamiento de datos nos conduce a la acumulación del conocimiento?; ¿por qué se hace depender, en suma, la teoría de los aspectos metodológicos?

La cuestión sobre el objeto de la psicología social

Es inevitable, aunque aquí no sea nuestro objetivo, que nos remontemos a los orígenes de lo que se ha denominado la crisis de la psicología social para contestar estas preguntas. No entraremos en si se trataba de una crisis o no, si se ha superado o no, etc. Si nos interesa es porque comúnmente se acepta que los orígenes de la llamada crisis de la psicología social suelen situarse en el cuestionamiento de la experimentación, idea que se encuentra bastante extendida a la hora de situar sus comienzos (IBÁÑEZ, 1982, 1983a).

Suele decirse, en efecto, que los problemas planteados inicialmente por ORNE (1962) sobre la influencia de las características de la demanda en la situación experimental, y poco después por ROSENTHAL (1967, 1968) sobre el efecto de inducción de las hipótesis del experimentador en la tarea de los sujetos, marcaron el inicio de un cuestionamiento más general sobre la disciplina. Se sitúa pues en los años sesenta la premonición de una crítica más radical que vendría posteriormente en los años setenta, con el famoso artículo de GERGEN (1973): «La psicología social es historia», y al que continuaron enconadas polémicas en torno a las características de la disciplina, como la suscitada por HARRE y SCHLENNER (1979, respectivamente).

Si es cierto que la crítica al método experimental se ha utilizado como uno de los principales indicadores de una «situación de crisis», siendo estrictamente rigurosos, debemos admitir que esta crítica (exclusivamente reducida a la experimentación) no ha puesto en peligro en ningún momento el pacífico desarrollo de la disciplina. De hecho, salvo en la crítica efectuada por HARRE y SECORD (1972), inicialmente, no se estaba cuestionando la experimentación, simplemente se planteaba el problema de su perfeccionamiento técnico. Ni Orne ni Rosenthal ni Rosnow, por citar los autores más representativos de este movimiento, se preguntaron sobre la validez del método experimental, únicamente indicaron algunas de sus fallas y, al mismo tiempo, proponían sus formas de corrección. Esto resulta evidente tanto al observar los trabajos iniciales sobre el tema, como en su continuación (BARBER y SILVER, 1968; ADAIR, 1972; MILLER, 1972; RING, 1972; SCHULTZ, 1972; SIGALL, ARONSON y VAN HOOSE, 1972; WALSTER, 1972; KRUGLANSKI, 1975; CARLSMITH, ELLSWORTH y ARONSON, 1976; BERKOWITZ y DONNERSTEIN, 1982). Debemos, pues, separar las críticas al funcionamiento experimental que al tiempo pretenden corregir sus errores, de las críticas que se levantaron sobre la naturaleza del objeto de la psicología social, comenzadas por GERGEN (1973).

Es por esta generalizada falta de distinción entre un tipo y otro de críticas por lo que suele resultar difícilmente asimilable la obra de HARRE y SECORD (1972) entre el señalamiento de los problemas del método experimental (ALVIRA *et al.* 1980). Habría que situar el trabajo de Harre y Secord entre las críticas al objeto de estudio, incluyendo también la forma de estudio, para que pueda comprenderse su alcance.

Y sin embargo, esta conexión entre ambos tipos de crítica, los que se preguntan qué estamos analizando y los que se preguntan si es correcta

la forma de estudio, tiene un motivo histórico. Puede decirse que hasta 1976 la llamada crisis se hallaba en estado incipiente. Es con la publicación ese año de un número monográfico del *Personality and Social Psychology Bulletin*, en el que colaboran destacados psicólogos sociales como Gergen, Deutsch, Schlenker o Secord, con lo que aparece propiamente dicha la explicitación de la crisis. No obstante, ni uno solo de los artículos que se publican en este número plantea problema alguno a la correcta utilización del método experimental.

En efecto, en este número el centro de debate continúa siendo la hipótesis de historicidad de GERGEN (1973, 1976) y su enfrentamiento con SCHLENKER (1974, 1976). La mayor parte de los artículos se orientan así a discutir la naturaleza y las características de la disciplina (HARRIS, 1976; HENDRIX, 1976; MANIS, 1976; SECORD, 1976; THORNGATE, 1976), intentando otros hacer un balance histórico de la teoría psicosocial (DEUTSCH, 1976).

Es un año más tarde, 1977, que la misma revista vuelve a publicar otro nuevo monográfico sobre la «crisis», cuando la gran parte de los artículos proponen como problema fundamental las cuestiones metodológicas, y la experimentación de laboratorio más concretamente. Curiosamente, recogen el material desde los comienzos de Orne y terminan proponiendo soluciones. De estos artículos podría destacarse el de SHERIF (1977). Entre un número y otro hay una gran distancia, la que separa dos interrogaciones de naturaleza radicalmente diferente: la primera se refiere a la discusión epistemológica y teórica inherente al contenido de la psicología social, la segunda atañe a la detección de los errores del procedimiento experimental, sea en su diseño, sea en la situación.

Por supuesto, ambos tipos de crítica pueden yuxtaponerse, y en ocasiones, aunque muy pocas, se complementan o solapan. Con todo, su objetivo es radicalmente diferente, y puede ilustrarse de forma sencilla. Ha habido numerosas críticas a los famosísimos experimentos de MILGRAM (1973) sobre la obediencia a la autoridad. La mayor parte (BAWN-RIND, 1972; MILLER, 1972; WALSTER *et al.*, 1971), al igual que las defensas (CRAWFORD, 1972; MILGRAM, 1972a, 1972b), se han detenido en cuestiones de procedimiento. Los errores de procedimiento detectados son los que se nos señalan si relatamos el experimento a cualquier persona de la calle: características de la muestra en general o propias a los sujetos, calidad del engaño experimental o artificialidad de la situación, etc. Sin embargo, una de las críticas a este experimento tiene poco que ver en realidad con la experimentación. Consiste en preguntarse:

¿qué explica en realidad Milgram sobre la obediencia? (DOISE, 1982). Quizás, el subtítulo del libro donde se publicaron («Un punto de vista experimental») permite obviar, también en este caso, la explicación deseada sobre el fenómeno.

El mismo planteamiento podríamos encontrar respecto al problema propuesto. De hecho, podemos suponer que la crítica a la experimentación en la detección de sus fallas es contraria en cierto modo al cuestionamiento del objeto. Si nos preocupamos por corregir el experimento de laboratorio y suponemos que esto ha sido uno de los principales problemas planteados en la crisis, esto implica que no debemos preocuparnos demasiado por qué hemos estado o estamos analizando, sino por cómo debemos estudiarlo.

Al transformar la cuestión del objeto en un problema de método, se ha confundido la producción de las piezas con el arreglo de la maquinaria. Y no es que la maquinaria no deba corregirse o perfeccionarse, sino que en la producción de piezas hay problemas que han de solventarse antes, como, por ejemplo, de qué naturaleza son los materiales que estamos empleando o qué queremos producir.

Durante los años en que suele situarse el debate más importante sobre la crisis de la psicología social, inicialmente debemos distinguir, por tanto, estos dos tipos de problemas. Incluso algunos autores, que se pretende fueran críticos de la experimentación, en aquellos momentos la reivindicaban como una metodología más a utilizar (GERGEN, 1978). Subsumir gran parte de las cuestiones a problemas de procedimiento, o situarlas todas ellas sobre el mismo nivel de crítica, es no reconocer la gran diferencia que existe entre un intento de interrogación epistemológica y teórica y un propósito de mejoramiento metodológico.

La unión entre ambos problemas, su situación en un mismo plano de interrogación, sólo puede entenderse si pensamos que mediante el perfeccionamiento metodológico de la experimentación ha intentado subsanarse la carencia y precariedad de la teorización. Si pensamos que mediante un control de las técnicas de manipulación de variables vamos a lograr un mejor conocimiento, el problema continúa siendo: ¿un mejor conocimiento de qué?

Sobre la recíproca determinación entre teoría y método

Para preguntarse por las razones que han conducido a amalgamar estos dos diferentes y diferenciables tipos de problemas, es necesario

volver la atención sobre las relaciones entre teoría y metodología en psicología social. Comúnmente se acepta que hay una recíproca determinación entre qué se estudia y cómo se estudia o, dicho de otro modo, que la sustantividad metodológica es capaz de condicionar los resultados obtenidos (ALVIRA *et al.*, 1979).

Apoyándose en este argumento y en algunos datos (CAMPBELL y FISKE, 1957), algunos investigadores han sostenido que la crisis de la psicología social se trataba en realidad de una inadecuación entre el objeto de disciplina y su metodología más habitual: la experimentación. Una crisis de metodología más que de identidad, en definitiva. Por ello, conectado con otro de los argumentos esgrimidos, el de la falta de relevancia social de la disciplina, se ha reivindicado el uso de métodos correlacionales o de campo. En cualquier caso, lo que pocas veces se pone en duda, lo que no parece importar demasiado a la mayoría de los psicólogos sociales, es que la inscripción del edificio de la Social Science Research de la Universidad de Chicago, «si no puedes medir, tu conocimiento es escaso e insatisfactorio», no sólo pende sobre sus cabezas como una espada de Damocles sino que marca y guía el desarrollo de su disciplina.

Partícipe del inductivismo más ingenuo, gran parte de la comunidad psicosocial mantiene la idea de la dependencia a la metodología para asegurar un criterio de cientificidad. Idea tan celosa y aferrada que bien pudiera parecer que es el único criterio que pudieran utilizar para mantener la disciplina en el terreno de las ciencias. La preocupación por la metodología, por la búsqueda denodada de rigurosidad científica, parece tranquilizar los espíritus más escépticos y acallar las interrogaciones más incordiantes.

Y sin embargo, gran parte de las producciones más interesantes de la psicología social han tenido una relación puramente tangencial con cuestiones metodológicas, por no decir inexistente. Los fenómenos de copresencia, por ejemplo, han sido una de las articulaciones teóricas mejor logradas. Si desde el primer experimento de Triplett en 1897 hasta mediados de los años cincuenta se realizaron decenas de experimentos sobre el fenómeno de la facilitación social y la influencia de la simple presencia de otro en la ejecución de una tarea, no fue ninguno de ellos que permitió explicar cómo en algunas ocasiones se encontraban efectos de facilitación y en otras efectos de inhibición. Más aún, la acumulación de experimentos no hacía sino aumentar el desconcierto que producían resultados en todos los sentidos. Hubo que esperar una integración

teórica formulada por ZAJONC (1965) en términos de aprendizaje, más que nuevos datos.

Igualmente, podría citarse la reinterpretación de los trabajos de Asch sobre la conformidad en términos de influencia minoritaria realizada por Moscovici. Esta reinterpretación, además de dar pie a veinte años de investigación sobre esta temática, ha introducido una concepción radicalmente diferente de los procesos de influencia, y su valor reside en haber logrado, teóricamente, explicar una mayor cantidad de fenómenos.

Si hay, por tanto, casos en los que la generación de conocimiento no está ligada a la sofisticación y depuración de los instrumentos de prueba, si en ocasiones los métodos utilizados y los resultados obtenidos ocupan un lugar puramente falsador de la teoría, ¿cómo es que la metodología goza de una imagen reificada y significativa por sí misma en la producción de conocimiento psicosocial?

Algunas investigaciones recientemente realizadas por J.P. DECONCHY (1982) parecen mostrar que la sustantividad otorgada a la metodología, su imagen determinante, guarda relación con posiciones ideológicas. Uno de sus experimentos resulta especialmente ilustrador, y lo expondremos aquí por no haberse divulgado aún. DECONCHY propone a los sujetos evaluar la transponibilidad para el hombre del especial comportamiento de un pájaro. Para ello, describe el comportamiento del pájaro *Laenarius Aethiopicus*, que en realidad no existe, haciendo notar que la conducta vocal del macho y de la hembra difiere extremadamente en timbre, melodía y tonalidad. Si bien, cuando el macho o la hembra desaparece, el otro, tras un tiempo de silencio, canta de forma intermitente los dos tipos de canto.

Deconchy presenta este comportamiento a un grupo de sujetos como habiendo sido evaluado mediante observación natural, y a otro grupo de sujetos como habiendo sido producido mediante rigurosa experimentación en un laboratorio. Los sujetos deben considerar en qué medida ese comportamiento es transferible al hombre, proponiéndoseles para ello la evaluación respecto a nueve comportamientos, como por ejemplo: «la importancia del otro en la autorrealización» o «la tendencia a la imitación».

Los resultados no dejan lugar a duda, obteniéndose una mayor aceptación de transponibilidad del comportamiento cuando éste se ha observado en medio natural. Cuando en la presentación se dice que se ha experimentado, los sujetos rechazan la transponibilidad del comportamiento del pájaro para el hombre en las nueve características, de forma

significativa. Este resultado muestra una epistemología popular directamente relacionada con la posibilidad de experimentación sobre el hombre, y puede ser muy bien que, de hecho, el debate y la preocupación por los aspectos metodológicos entre los psicólogos sociales no sea más que el resultado y el efecto de prejuicios y posiciones ideológicas populares.

Generalmente, se acepta que la metodología experimental ofrece una alta validez interna. ARGYRIS (1968, 1980) ha mostrado de forma excelente las consecuencias que tiene esa búsqueda de rigurosidad experimental, que al contrario de aumentar su validez interna la decrece. Por otro camino, TAJFEL (1972), al señalar que los psicólogos sociales realizaban experimentos en el vacío, no pretendía corregir los aspectos técnicos de su metodología; se preocupa porque «los psicólogos sociales han tomado a menudo la decisión equivocada de qué clase de *homo* es objeto de su disciplina». Es obvio que mejorar los sistemas de puesta a prueba de las hipótesis es una labor necesaria, pero no se piense por ello que va a ser la clave de unos mejores resultados. Si los experimentos son artificiales es más porque en muchos casos de ellos la dimensión social se encuentra absolutamente olvidada, que porque las paredes del laboratorio produzcan comportamiento de plástico en los sujetos.

Algo similar podría decirse de los métodos correlacionales. Su «alta validez externa» se difumina cuando comprobamos que a medida que aumenta la complejidad de las pruebas estadísticas empleadas, aumenta también la probabilidad de encontrar una significación. Como señala MEEHL (1967, 1978), si en las ciencias naturales la precisión metodológica supone un mayor riesgo para las teorías, en ciencias sociales tiene el efecto contrario, e incrementando la precisión de los instrumentos de medida aumentamos también la probabilidad de corroboración de la teoría.

De hecho, desde mediados de los años cincuenta, vienen apareciendo una serie de contundentes críticas a las formas de utilización de las hipótesis estadísticas, que auguran consecuencias terriblemente desalentadoras. Una de estas críticas, probablemente la más extendida, concierne al debate sobre la falsedad o no falsedad de la hipótesis nula en ciencias sociales (ROZEBOOM, 1960; OAKES, 1975). GRENWALD (1975), por su parte, ha llegado a sostener que la refutación de la hipótesis nula es un «tópico cultural» propio de los científicos sociales imbuidos en un modelo de investigación-publicación. En cualquier caso, existe el caso histórico de cierta revista de psicología social estadounidense que anun-

ció la aceptación de publicar investigaciones en las que no se confirmaran las hipótesis formuladas y jamás recibieron ningún artículo. Y de hecho, como ha señalado BOLLES (1962), cuando un estadístico rechaza la hipótesis nula su trabajo ha terminado, cuando un científico la rechaza es justamente cuando comienza su trabajo.

En cualquier caso, todo parece indicar que el ritualismo con que se analizan los datos no pone nunca en duda la idoneidad de las técnicas estadísticas, y que, en ocasiones, esas mismas técnicas, su perfeccionamiento, se considera indispensable para hacer progresar el conocimiento teórico. DI GIACOMO (1981) y FLAMENT (1981) sostuvieron un debate sobre cuál es el tipo de análisis de datos que mejor se adecúa y permite representar más acertadamente las representaciones sociales. Lo que es realmente difícil de comprender es que ambos autores sostienen en el debate que la decisión sobre un tipo u otro de técnica multivariante de análisis de datos desarrollará la teoría de las representaciones sociales.

CONCLUSIÓN

La aparente subordinación que debe guardar la metodología con respecto a la teoría no pretende presentarse en la psicología social más que como una declaración de buenas intenciones.

De hecho, esta supuesta subordinación se transforma en una supeditación de la teoría de los aspectos metodológicos, en un pasar a segundo plano, en la práctica de los psicólogos sociales. Y no es, como hemos pretendido subrayarlo, que la metodología y los aspectos técnicos de la prueba y del análisis de resultados no deba ocupar un lugar importante en nuestra disciplina. Pero, despejados algunos arcanos positivistas, la realidad práctica de los investigadores sigue siendo la misma que cuando las reglas del positivismo más dogmático dictaban lo que debía considerarse el buen quehacer científico.

Puede observarse incluso un aire de superioridad de aquellos que «hacen investigación» frente a los que «hacen teoría». Una muestra de ese prejuicio lo representan NEDERHOF y ZWIER (1982), cuando pretendiendo analizar la imagen que los psicólogos sociales tienen de «la pasada crisis», califican a las dos muestras que utilizan como de «investigadores activos» una, y de «autores de literatura sobre la crisis» la otra. Si aquellos que se dedican a debatir sobre la situación teórica de la discipli-

na no podemos calificarlos como investigadores activos, por defecto, hemos de considerarlos «ensayistas en paro».

Pero etiquetas personalistas aparte, no hace falta ir muy lejos para observar la supeditación a la que nos referimos. Las más de las veces que se trata la cuestión de la relación entre teoría y método (ZELLER y CARMINES, 1980; WEISS y DAVIDSON, 1981), se pone todo el énfasis sobre los aspectos más técnicos de la metodología. Es obvio que podemos seguir mejorando nuestras técnicas o inventar otras y buscar alternativas (GREENBERG, 1972; CRONKITE, 1980), con todo, es difícil admitir que esto va a aumentar la calidad teórica o nuestro conocimiento del comportamiento social en términos cualitativos.

Es necesario efectuar un serio replanteamiento sobre las condiciones de producción de conocimiento en psicología social. Hemos intentado mostrar que la incidencia de la sofisticación y la rigurosidad metodológica, sea a través de las técnicas de obtención de información, sea a través de las técnicas de análisis de datos, al contrario de aumentar nuestro conocimiento, tiene efectos perversos sobre las teorías que se pretenden corroborar.

Sin embargo, sería falso no reconocer un cierto aire de transformación en la psicología social actual. La gestación de una epistemología psicosocial en la que los aspectos metodológicos no ocupen en realidad un papel dificultador del progreso teórico comienza a abrirse camino. Por ello, sea cual sea su valor a priori, debemos alegrarnos de la emergencia de nuevas orientaciones teóricas en las que la confirmación empírica en términos de significación estadística no es un objetivo inmediato. Para muchos investigadores estas nuevas orientaciones, la referencia a sus defensores (Gergen, Giddens, Harre, Secord, Shotter, etc.) o los intentos de preocupación por la generación teórica de McGuire son sinónimo de un ensayismo en el que la psicología social brilla por su ausencia. Confiamos en que no caigan en las redes de una metodología rigurosa, pues tal vez alguno de esos intentos contenga la clave de la explicación del comportamiento social.

Bibliografía

- ADAIR, J.G., 1984, «The Hawthorne effect: A reconsideration of the methodological artifact», *Journal of Applied Psychology* 69 (2), pp. 334-345.
- ALVIRA, F. et al., 1979, *Los dos métodos de las ciencias sociales*, CIS, Madrid.
- ARGYRIS, Ch., 1968, «Some unintended consequences of rigorous research», *Psychological Bulletin* 70 (3), pp. 185-197.
- , 1980, *Inner contradictions of rigorous research*, Academic Press, Nueva York.
- BARBER, T.X. y SILVER, M.J., 1968, «Fact, fiction and the experimenter bias effect», *Psychological Bulletin Monograph* 70 (5).
- BAURIND, D., (1972), «Some thoughts on ethics of research: after reading Milgram's "Behavioral study of obedience"», en G.A. MILLER (ed.), *The social psychology of psychological research*, Free Press, Nueva York, pp. 106-111.
- BERKOWITZ, L. y DONNERSTEIN, E., 1982, «External validity is more than skip deep. Some answers to criticisms of laboratory experiments», *American Psychologist* 37 (3), pp. 245-257.
- BOLLES, R.C., 1962, «The difference between statistics hypotheses and scientific hypotheses», *Psychological Reports* 11, pp. 639-645.
- CARLSMITH, J.M., ELLSWORTH, P.C. y ARONSON, E., 1976, *Methods of research in social psychology*, Adison-Wesley, Nueva York.
- CRAWFORD, T.J., 1972, «In defense of obedience research: An extension of the Kelman ethic», en G.A. MILLER (ed.), *The social psychology of psychological research*, Free Press, Nueva York, pp. 179-186.
- CRONKITE, R.C., 1980, «Social psychological simulations: An alternative to experiments», *Social Psychology Quarterly* 43 (2), pp. 199-216.
- DECONCHY, J.P., 1981, «Laboratory experimentation and social field experimentation: An ambiguous distinction», *European Journal of Social Psychology* 11, pp. 323-347.
- , 1982, *Ideological commitment and scientific knowledge. A preliminary experimental study*, Comunicación presentada al Second Symposium for Psychologist of Religion in Europe, Nimègre.
- DOISE, W., 1982, *L'explication en psychologie sociale*, P.U.F., París.
- GERGEN, K.J., 1973, «Social psychology as history», *Journal of Personality and Social Psychology Bulletin* 26, pp. 309-320.
- , 1976, «Social psychology, science and history», *Personality and Social Psychology Bulletin* 2, pp. 373-383.
- , 1978, «Experimentation in Social Psychology. A reappraisal», *European Journal of Social Psychology* 8, pp. 507-527.
- GREENBERG, M.S., 1972, «Role Playing: An alternative to deception?», en

- G.A. MILLER (ed.), *The social psychology of psychological research*, Free Press, Nueva York, pp. 187-195.
- GREENWALD, A., 1975, «Consequences of prejudice against the null hypothesis», *Psychological Bulletin* 82, 1, pp. 1-20.
- HARRE, R., 1977, «The ethogenic approach: theory and practice», en L. BERKOWITZ, (ed.), *Advances in experimental social psychology*, vol. 10, Academic Press, Nueva York, pp. 282-314.
- HARRE, R. y SECORD, P.F., 1972, *The explanation of social behavior*, Basil Blackwell, Oxford.
- HENDRICK, C., 1976, «Social psychology as history and as traditional science: an appraisal», *Personality and Social Psychology Bulletin* 2, pp. 392-403.
- IBÁÑEZ, T., 1982, «Aspectos del problema de la explicación en psicología social», *Revista de Psicología General y Aplicada* 37, 1, pp. 161-171.
- , 1983a, «La crisis de la psicología social: apuntes para una lectura», *Revista de Psicología General y Aplicada* 38, 4, pp. 661-680.
- , 1983b, «La psicología social no existe», prólogo J.M. BLANCH, *Psicologías sociales. Aproximación histórica*, IX-XV.
- IRVINE, J., MILES, I. y EVANS, J. (eds.), 1979, *Desmystifying social statistics*, Pluto, Londres.
- KRUGLANSKI, A.W., 1975, «The human subject in the psychology experiment: fact and artifact», en L. BERKOWITZ (ed.), *Advances in experimental social psychology*, vol. 8, Academic Press, Nueva York, pp. 101-147.
- LONDON, I.D. y THORNGATE, W., 1981, «Divergent amplification and social behavior: some methodological considerations», *Psychological Reports* 48, pp. 203-228.
- MACKENZIE, B.D., 1982, *El behaviorismo y los límites del método científico*, Desclée de Brower, Bilbao.
- MANIS, M., 1976, «Is social psychology really different», *Personality and Social Psychology Bulletin* 2, pp. 428-437.
- MARKUS y ZAJONC, R., 1985, «The cognitive perspective in social psychology», en G. LINDZEY y E. ARONSON (eds.), *Handbook of social psychology*, Erlbaum, Nueva York, pp. 137-230.
- MEEHL, P.E., 1967, «Theory-testing in psychology and physics: a metodological paradox», *Philosophy of Science*, junio, pp. 103-115.
- , 1978, «Theoretical risk and tabular asteriks. Sir Karl, Sir Ronald and the slow progress of soft psychology», *Journal of Consulting and Clinical Psychology* 46, 4, pp. 806-834.
- MILGRAM, S., 1972a, «Issues in the study of obedience: A reply to Baumrind», en G.A. MILLER (ed.), *The social psychology of psychological research*, Free Press, Nueva York, pp. 112-121.
- , 1972b, «Interpreting obedience: error and evidence. A reply to Orne and Hollan», en G.A. MILLER (ed.), *The social psychology of psychological research*, Free Press, Nueva York, pp. 138-154.

- , 1973, *Obedience to authority. An experimental view*, Harper y Row, Nueva York.
- MILLER, G.A. (ed.), 1972, *The social psychology of psychological research*, Free Press, Nueva York.
- MIXON, D., 1983, «Si no se engaña, ¿qué se puede hacer?», en N. ARMISTEAD (ed.), *La reconstrucción de la psicología social*, pp. 67-79.
- NEDERHOF, A.J., y ZWIER, A.G., 1983, «The "crisis" in social psychology, an empirical approach», *European Journal of Social Psychology* 13, pp. 255-280.
- OAKES, W.F., 1975, «On the alleged falsity of the null hypothesis», *The Psychological Record* 25, pp. 265-272.
- ORNE, M.T., 1962, «On the social psychology of the psychological experiment: with particular reference to demand characteristics and their implications», *American Psychologist* 17, pp. 776-783.
- , 1970, «Hypnosis, motivation and the ecological validity of the psychological experiment», *Nebraska Symposium on Motivation*, pp. 187-265.
- POPPER, K.R., 1980, *La lógica de la investigación científica*, Tecnos, Madrid.
- RIJSMAN, 1983, «The dynamics of social competition in personal and categorical comparisons-situations», en W. DOISE y J. MOSCOVICI (eds.), *Current issues in european social psychology*, vol. 1, Cambridge Univ. Press, Cambridge, pp. 279-312.
- RING, K., 1979, «Experimental social psychology: Some sober questions about some frivolous values», en G.A. MILLER (ed.), *The social psychology of psychological research*, Free Press, Nueva York, pp. 48-57.
- ROSENTHAL, R., 1967, «Covert communication in the psychological experiment», *Psychological Bulletin* 67, pp. 356-367.
- , 1968, «Experimenter expectancy and the reassuring nature of the null hypothesis decision procedure», *Psychological Bulletin Monograph* 70, 6, pp. 30-47.
- ROZEMBOOM, W.W., 1960, «The fallacy of the null-hypothesis significance test», *Psychological Bulletin* 57, 5, pp. 416-428.
- SCHLENKER, B.R., 1974, «Social psychology and science», *Journal of Personality and Social Psychology* 29, pp. 1-15.
- , 1976, «Social psychology and science: another look», *Personality and Social Psychology Bulletin* 2, pp. 384-390.
- , 1977, «On the ethogenic approach: etiquette and revolution», en I. BERKOWITZ (ed.), *Advances in experimental social psychology*, vol. 10, Academic Press, Nueva York, pp. 315-330.
- SCHULTZ, D.P., 1972, «The human subject in psychological research», en G.A. MILLER (ed.), *The social psychology of psychological research*, Free Press, Nueva York, pp. 25-47.
- SECORD, P.F., 1976, «Tranhistorical and transcultural theory», *Personality and Social Psychology Bulletin* 2, pp. 418-420.

- SHERIF, M., 1979, «Crisis in social psychology: some remarks towards breaking through the crisis», *Personality and Social Psychology Bulletin* 3, pp. 368-382.
- SIGALL, H., ARONSON, E. y VAN HOOSE, T., 1972, «The cooperative subject: Myth or reality?», en G.A. MILLER (ed.), *The social psychology of psychological research*, Free Press, Nueva York, pp. 269-278.
- SPINNER, B., ADAIN, J.C. y BARNES, G.R., 1977, «A reexamination of the faithful subject role», *Journal of Experimental Social Psychology* 13, pp. 543-551.
- TAJFEL, H., 1972, «Experiments in vacuum», en J. ISRAEL y H. TAJFEL (eds.), *The context of social psychology*, Academic Press, Londres, pp. 69-119.
- THORNGATE, W., 1978, «In general» vs. «It depends»: some comments of the Gergen-Schlenker debate», *Personality and Social Psychology Bulletin* 2, pp. 404-410.
- WALSTER, E. *et al.*, 1972, «Effectiveness of debriefing following deception experiments», en G.A. MILLER (ed.), *The social psychology of psychological research*, Free Press, Nueva York, pp. 209-224.
- WEISS, D.J. y DAVIDSON, M.L., 1981, «Test theory and methods», *Annual Review of Psychology* 32, pp. 629-658.
- ZAJONC, R.B., 1965, «Social facilitation», *Science* 149, pp. 269-274.
- ZELLER, R.A. y CARMINES, E.G., 1980, *Measurement in the social sciences: the link between theory and data*, Cambridge University Press, Cambridge.